



ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

Lección 3: LOS APÓSTOLES ANTE EL CRUCIFICADO QUE HA
VENCIDO LA MUERTE (I)

I. RECAPITULACIÓN:

Retomemos lo fundamental de lo visto en las dos jornadas anteriores. Recordemos primero el sentido de esta asignatura.

1. Partimos de una idea clave: la catequesis busca hacer partícipes a los hombres de la fe de los Apóstoles.
2. Los Apóstoles darán fe a Jesús después de convivir con él y de ser testigos de su muerte y de su resurrección. La fe de los apóstoles no es algo puntual, sino una realidad viva que va creciendo en ellos poco a poco. Por eso esta asignatura es una especie de «biografía de la fe apostólica».
3. ¿Qué conlleva la fe de los Apóstoles? 1) un conocimiento cierto del misterio de la persona de Cristo; 2) un vínculo indestructible que les une a él y, a través de él, al Dios Uno y Trino.
4. La catequesis busca que los hombres se unan a la fe apostólica y de esta forma pueden penetrar en el conocimiento del misterio de Cristo y unirse a él.
5. De ahí viene nuestro interés por estudiar y comprender la fe de los Apóstoles.

Pasemos ahora a recordar lo que ya hemos dicho sobre el camino de la fe de los Apóstoles que podemos rastrear en el Evangelio según san Juan. El primer día:

1. Vimos que los primeros pasos de la fe de los apóstoles tienen que ver con el testimonio de Juan el Bautista y con la fe recibida del Antiguo Testamento, un camino de preparación al encuentro con Cristo. Analizamos también algunos de los contenidos del Antiguo Testamento que preparan dicho encuentro.
2. Los primeros pasos de la fe de los Apóstoles tenía forma de **expectación**. Su primer contacto con Jesús despierta en ellos una expectativa que tiene que ver con el deseo del corazón del hombre y con la educación de ese deseo por el AT.
3. Desde el principio, los apóstoles deberán seguir a Jesús para verificar que Jesús es el cumplimiento del AT y así también de los deseos más profundos de su corazón.
4. Por último, nos percatamos de la importancia de las relaciones humanas en este camino de la fe.

De estos primeros pasos de la fe de los apóstoles, podemos sacar algunas conclusiones para la catequesis:

Primera conclusión: Que el centro de atención de la catequesis es la persona de Jesús, precedida y/o acompañada, por una referencia constante a los deseos más profundos del corazón humano y a cómo esos deseos han sido educados por Dios en su revelación anterior a Cristo.

Segunda conclusión: Que el camino de la fe implica desde el principio un salir y ponerse en camino. No es un mero discurso sobre ideas, sino un camino de seguimiento, en el que está implicado el hombre entero.

Tercera conclusión: Que en este camino el entramado de relaciones humanas, de relaciones personales, es fundamental.

En la segunda jornada dimos un salto de un año en la biografía de la fe de los Apóstoles. Dijimos:

1. Que en todo el tiempo precedente Jesús se había mostrado como quien tenía una relación única con Dios. Se había manifestado a sí mismo como Hijo de Dios, uno con Dios. Para los judíos esto era una provocación: un hombre que se tiene por Hijo de Dios y por tanto como Dios verdadero.
2. Y justamente por eso, porque se tenía como uno con Dios, Jesús se había presentado también como el que tiene la clave de la existencia de cada

- hombre, como el único capaz de asegurar y dar la vida dichosa a cada hombre.
3. Esto es lo que solemos llamar la «pretensión de Jesús»: que, siendo hombre, se identifica con Dios y con la respuesta al reto de la vida del hombre, la respuesta a los deseos más profundos del corazón.
 4. Vimos un ejemplo de la pretensión de Jesús en el episodio de la curación de un parálítico en la piscina de Betesda. Allí, ante la pretensión mostrada por Jesús, escuchamos cómo san Juan resumía así la indignación de los judíos: **«Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios»**.
 5. Después analizamos el discurso de “El Pan de Vida”. Allí las palabras de Jesús supusieron una verdadera encrucijada para los Apóstoles. Y es que Jesús unió a su pretensión, es decir, a la idea de que él era el Hijo de Dios y la respuesta a todo hombre, otras dos ideas que a la mayoría les parecieron del todo desconcertantes: la idea del sacrificio y la idea de que los suyos deberían participar de ese sacrificio. ¿Uno que pretende ser Dios y que al mismo tiempo muestra un camino hacia el sacrificio? ¿Uno que asegura poder dar vida eterna al hombre y cifra esa vida eterna en la comunión con su sacrificio? En el fondo, la sombra de la cruz se unía ya claramente a la persona de Jesucristo, a su destino y al de los suyos. Por eso este punto fue una encrucijada para todos los que le seguían. Después de oírlas, muchos de sus discípulos se fueron y no volvieron ya más con Jesús. Los Doce, sin embargo, continuaron. Pedro fue el que tomó la palabra y encabezó un acto de fe de los Doce: **«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios»**. Con aquellas palabras de Pedro y la decisión que suponen de permanecer en el seguimiento de Cristo, la fe de los Apóstoles dio un paso adelante.

Estos son los pasos de *la biografía de la fe apostólica* que hemos visto hasta aquí. Ahora debemos seguir adelante.

II. LA PERSEVERANCIA DE LOS APÓSTOLES EN EL SEGUIMIENTO DE CRISTO HASTA LA PASIÓN

Daremos otro gran salto en el camino de fe de los Apóstoles. El discurso del «Pan de Vida» había tenido lugar cerca de la segunda Pascua de la vida pública de Jesús. En la Pascua siguiente los Apóstoles van a ver a su Maestro en la cruz.

Entre ambas celebraciones de la Pascua se ha dado un periodo de fuertes controversias entre Jesús y «los judíos», una tensión que va a más. Los apóstoles van a ser testigos de esta tensión, pero no espectadores pasivos, pues cada día que permanecen junto a Jesús significa para ellos una toma de postura y un pequeño, pero decisivo, acto de fe. Su perseverancia en la escucha, en la contemplación y en la compañía de Cristo es determinante para la formación de la fe definitiva.

¿Cuál es la causa de esa tensión creciente y del deseo de «los judíos» de acabar con él? La respuesta es sencilla: la pretensión de Jesús. Lo que ya hemos visto en los dos pasajes anteriores, repetido y explicitado una y otra vez en circunstancias diversas: Jesús, que se muestra como uno con Dios y, de esta forma, se ofrece como salvación definitiva de quien lo escucha, forzando una respuesta personal ante él. Y cada vez, lo que Jesús dice les parece más claro a «los judíos» y provoca en ellos un rechazo más violento.

Tras la curación del paralítico en la piscina de Betesda, ya habíamos leído: **«Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios»** (Jn 5,18). Después del diálogo sobre el pan de vida, también encontramos esta anotación: **«Caminaba Jesús por Galilea, pues no quería andar por Judea, ya que los judíos le buscaban para matarle»** (Jn 7,1). La idea de que querían matarle aparece varias veces durante este arco de tiempo (7,25; 8,59; 10,31). Jesús mismo alude varias veces a que quieren acabar con él (Jn 7,19; 8,37.40). Así hasta que de forma solemne, tras la resurrección de Lázaro, el Sanedrín decide darle muerte (Jn 11,53).

En resumen: lo que provoca el rechazo y el deseo de darle muerte es, en primer lugar, la pretensión que muestra Jesús de ser Uno con Dios y de ser Hijo de Dios. Así aparece, por ejemplo, en este diálogo:

Se celebraba por aquel tiempo en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno. Paseaba Jesús por el Templo, en el pórtico de Salomón. Entonces le rodearon los judíos y comenzaron a decirle: «¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente»¹.

Les respondió Jesús: «Os lo he dicho y no lo creéis; las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me siguen. Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos; y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno».

¹ Creo que ya todos tenéis claro que para los judíos era muy distinto que Jesús se presentase como “el Cristo” a que se presentase como “el Hijo”. “El Cristo” era una figura que ellos esperaban. Luego, si Jesús u otro, se presentaba como “el Cristo” podían creerlo o no. Pero algo muy distinto era que alguien se presentase como el Hijo, en el sentido fuerte en el que aparece en este pasaje: «Yo y el Padre somos uno». Eso implicaba una novedad en la visión judía del ser de Dios que no era fácil que aceptaran. Jesús va a asumir las dos cosas. Él es el Cristo y lo es siendo el Unigénito de Dios. Él cumple la promesa del Mesías, pero de una forma sorprendente, porque no es un mero enviado, sino el Hijo.

EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

Los judíos recogieron otra vez piedras para lapidarle. Jesús les replicó: «Os he mostrado muchas obras buenas de parte del Padre, ¿por cuál de ellas queréis lapidarme?»

«No queremos lapidarte por ninguna obra buena, sino por blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios —le respondieron los judíos—» (Jn 10,22-33).

Para tener una visión de conjunto sobre lo que supone esta tensión entre Jesús y «los judíos», me parece oportuno recordar la relación que el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CCE) hace notar entre Jesús e Israel: entre Jesús y la Ley, entre Jesús y el Templo, entre Jesús y la fe de Israel en el Dios Único y Salvador (CCE 574 – 594). Veamos algunas de las cosas que dice el CCE antes de seguir adelante:

574 Desde los comienzos del ministerio público de Jesús, fariseos y partidarios de Herodes, junto con sacerdotes y escribas, se pusieron de acuerdo para prenderle (Cf. Mc 3, 6). Por algunas de sus obras (expulsión de demonios, Cf. Mt 12, 24; perdón de los pecados, Cf. Mc 2, 7; curaciones en sábado, Cf. 3, 1-6; interpretación original de los preceptos de pureza de la Ley, Cf. Mc 7, 14-23; familiaridad con los publicanos y los pecadores públicos, Cf. Mc 2, 14-17), Jesús apareció a algunos malintencionados sospechoso de posesión diabólica (Cf. Mc 3, 22; Jn 8, 48; 10, 20). Se le acusa de blasfemo (Cf. Mc 2, 7; Jn 5,18; 10, 33) y de falso profetismo (Cf. Jn 7, 12; 7, 52), crímenes religiosos que la Ley castigaba con pena de muerte a pedradas (Cf. Jn 8, 59; 10, 31).

[...]

589 Jesús escandalizó sobre todo porque identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con la actitud de Dios mismo con respecto a ellos (Cf. Mt 9, 13; Os 6, 6). Llegó incluso a dejar entender que compartiendo la mesa con los pecadores (Cf. Lc 15, 1-2), los admitía al banquete mesiánico (Cf. Lc 15, 22-32). Pero es especialmente, al perdonar los pecados, cuando Jesús puso a las autoridades de Israel ante un dilema. Porque como ellas dicen, justamente asombradas, « **¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?**» (Mc 2, 7). Al perdonar los pecados, o bien Jesús blasfema porque es un hombre que pretende hacerse igual a Dios (Cf. Jn 5, 18; 10, 33) o bien dice verdad y su persona hace presente y revela el Nombre de Dios (Cf. Jn 17, 6-26).

590 Solo la identidad divina de la persona de Jesús puede justificar una exigencia tan absoluta como esta: «**El que no está conmigo está contra mí**» (Mt 12,30); lo mismo cuando dice que él es «más que Jonás... más que Salomón» (Mt 12,41-42), «más que el Templo» (Mt 12,6); cuando recuerda, refiriéndose a que David llama al Mesías su Señor (Cf. Mt 12,36-37), cuando afirma: "Antes que naciese Abraham, Yo soy" (Jn 8,58); e incluso: "El Padre y yo somos una sola cosa" (Jn 10, 30).

591 Jesús pidió a las autoridades religiosas de Jerusalén creer en Él en virtud de las obras de su Padre que Él realizaba (Jn 10, 36-38). Pero tal acto de fe debía pasar por una misteriosa muerte a sí mismo para un nuevo "nacimiento de lo alto" (Jn 3, 7) atraído por la gracia divina (Cf. Jn 6,44). Tal exigencia de conversión frente a un cumplimiento tan sorprendente de las promesas (Cf. Is 53,1) permite comprender el trágico desprecio del sanedrín al estimar que Jesús merecía la muerte como blasfemo (Cf. Mc 3,6; Mt 26,64-66). Sus miembros obraban así tanto por "ignorancia" (Cf. Lc 23,34; Hch 3,17-18) como por el "endurecimiento" (Mc 3,5; Rm 11,25) de la "incredulidad" (Rm 11,20).

En todo este periodo de tiempo, donde muchos de los que se consideraban discípulos se alejan, donde las autoridades judías muestran cada vez de forma más

clara su rechazo por la persona de Jesús, brilla aún más la fe, por imperfecta que fuese, de los que se mantienen junto a Cristo y le siguen.

Vayamos, por ejemplo, al momento que abre la narración de la resurrección de Lázaro. Jesús decide ir a Betania, como sabéis en el corazón de Judea, muy cercana a Jerusalén, donde se desarrollan todos los conflictos entre Jesús y «los judíos». Jesús les dice: «**¡Vamos a Judea otra vez!**» (Jn 11,7). Y los discípulos le advierten: «**Rabbi, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte, y ¿vas a volver allí?** » (Jn 11,8). El diálogo continúa hasta que Jesús sentencia: «**Lázaro ha muerto. Y por vosotros, para que creáis, me alegro de no haber estado allí. ¡Vayamos donde él!**». Y entonces viene la apostilla de Tomás, con un toque de sarcasmo y de resignación: «**¡Vayamos también nosotros a morir con él!**». Pero, aunque expresen sarcasmo y resignación, son las palabras de quien se pone en camino detrás de Jesús, sabiendo que está en riesgo su vida.

Por imperfecta que sea, hay una ligazón entre Jesús y los Doce que se ha ido haciendo más fuerte desde aquel episodio que había marcado una encrucijada en su camino, cuando Pedro había respondido por todos: «**¿Donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que eres el Santo de Dios**». Y esa ligazón entre cada uno de los que permanecen a su lado y Jesús, se llama fe.

Aún no ha recibido el don de la luz, el don del conocimiento claro y cierto de la fe. Ellos se encuentran aún en esa fase en la cual la fe es un riesgo, asumido con una decisión de la voluntad. Eso no significa que su fe sea irracional o sea antihumana. Su voluntad no se mueve a ciegas al dar fe a Cristo. La voluntad de los discípulos está guiada por la prudencia: ven signos, ven la correspondencia entre Jesús y su propio corazón, ven la correspondencia entre Jesús y las promesas del Antiguo Testamento. Y con tales signos concordantes es mucho más razonable y prudente abrirse a la posibilidad de que sea verdadero lo que ese hombre dice ser, que negar de plano dicha posibilidad. Sin embargo, su fe no deja de ser un riesgo, porque la verdad misma no la pueden ver, no la pueden aferrar ni la pueden señalar con el dedo. Aún no han recibido esa luz que es el premio de la fe, la luz de la certeza, que distingue la fe plena de la que gozarán después. Su fe es un riesgo porque, sin poder ver esta verdad, su decisión de seguir afecta a sus vidas realmente, no es un juego sobre ideas.

Quiero volver a traer aquí las palabras de Newman, las que pone en boca de los personajes de su novela *Perder y Ganar*, que muestra bien, a mi juicio, este proceso de la fe, este paso del riesgo a la luz:

« La fe empieza como un riesgo; la recompensa es que ves »².

« La luz es como la recompensa de los que por un acto de la voluntad, por el dictado de la prudencia y de la razón, abrazan la verdad en ese punto en que la naturaleza se encoge como un cobarde, no llega. Hay que arriesgarse. Antes de la conversión, la fe es un riesgo; después es un don »³.

Sobre las palabras de Tomás — «**¡Vayamos también nosotros a morir con él!**» — quiero decir que solemos leerlas con una especie de sonrisa benevolente, como tomando a broma el carácter de Tomás, pero creo que expresan bien a las claras el

² J. H. NEWMAN, *Perder y Ganar* (Encuentro, Madrid 2009) 327

³ *Ibid.*, 368

progreso de la fe de estos hombres que, de hecho, ya han puesto su vida en manos de otro. El proceso de la fe exige este camino. El conocimiento de Dios es un camino de seguimiento. Un camino que no se abre a quien lo observa con una actitud neutral y sin tomar parte, sino que se abre en la medida en que uno lo recorre. De aquí podemos tomar ya alguna conclusión para la catequesis y para la predicación, para toda forma del ministerio de la Palabra en la Iglesia: que si no implica un camino, un seguimiento verdadero, es una predicación que no dice nada⁴.

Los Doce arriesgan en el camino del seguimiento de Cristo. Con todas las impurezas que los hombres hacemos acompañar a nuestros mejores actos y con todas las incomprensiones o incoherencias que se quiera, ellos siguen detrás de Jesús.

Después de la Última Cena, Lucas registra una de esas «incoherencias» de los Doce, una disputa sobre quién de ellos era el mayor. Jesús les corrige, pero su corrección termina con palabras llenas de reconocimiento hacia los Apóstoles: **«Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas»** (Lc 22,28). Destacar que la palabra griega que se traduce aquí como «pruebas» es la misma palabra que traducimos como «tentaciones» en el Padrenuestro (πειρασμοις).

Me parecía importante este versículo para subrayar el mérito de la fe y la necesidad que tiene la fe de ir detrás de Cristo antes de gozar de la luz que le es propia, en el fondo para subrayar que no se llega a la fe sin «moverse» y sin implicar la vida.

En la oración sacerdotal de Jesús aparece de una forma mucho más conmovedora el reconocimiento a sus discípulos. Es cierto que se van a dispersar por el miedo y que mostrarán así toda su pobreza y su debilidad. Pero Cristo dice de ellos en oración a su Padre: **«Tuyos eran y tú me los diste; y han guardado tu palabra»** (Jn 17,6).

La Iglesia antigua entendió perfectamente la necesidad de que la fe se vaya formando pacientemente, en la escucha y acogida de la Palabra. Por eso fue instaurando en cada una de las sedes “un catecumenado”, donde durante un tiempo prolongado, los hombres que querían ser cristianos tenían como primera obligación «escuchar». Catecúmeno significa «el que escucha, el que rumia lo que escucha, pero el que escucha *con paciencia*», es decir, padeciendo el camino de la fe, perseverando en las pruebas de Cristo.

III. EL ESCÁNDALO DE LA CRUZ

Tras la resurrección de Lázaro, a lo largo de varios capítulos, san Juan muestra a Jesús preparando a sus discípulos para lo que van a vivir. Abundan las palabras de Jesús que hacen referencia a la misión que le ha encomendado su Padre, sin la cual va a ser incomprensible su muerte, y aquellas que hacen referencia a su relación y unión con Dios.

Encontramos también muchas palabras dichas para fortalecer su fe o, mejor, para que al final, después de la ruptura que va a suponer la muerte, su fe sea salvada y llevada a su perfección. Veamos un ejemplo.

⁴ Cf. JOSEPH RATZINGER, *Palabra en la Iglesia* (Sígueme, Salamanca 1976) 82-83

El comienzo de la fiesta de la Pascua se abre con estas palabras de Jesús, que claramente hacen referencia a su muerte, pero que son también una invitación a mantenerse junto a él, a seguirle y a estar donde él está:

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará» (Jn 12,24-26).

Pero la muerte de Jesús en la cruz va a significar, de hecho, una ruptura. A Pedro le anuncia: «**A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde**» (13,36).

La muerte de Cristo implicará una ruptura no solo física, porque ya no pueden estar realmente a su lado, no solo moral a causa de su debilidad y su cobardía, sino también de otro tipo: una crisis en la idea de todas las cosas que habían ido concibiéndose en su alma sobre la persona de Jesús. La contemplación de la humillación y de la muerte en cruz de Jesús va a suponer un golpe *en la fe* de los que hasta ese momento se habían mantenido junto a él. A través de esta ruptura, de esta crisis de su fe, también ellos participarán de una forma espiritual, pero real, en la muerte que alcanza a Jesús.

Dicha ruptura va a ser necesaria para alcanzar posteriormente una nueva comprensión de la verdad de Cristo y también una forma nueva de estar con él, un vínculo con él, más inmediato y perfecto que el que da la mera cercanía corporal. Ambas cosas: una comprensión más plena de la verdad de Jesucristo y una comunión más plena con él, que son los dos elementos fundamentales de la fe apostólica, tendrán que ver con dos acontecimientos: la resurrección de Cristo y el don del Espíritu Santo. Llegaremos a eso en las jornadas sucesivas.

Por ahora afirmamos el hecho mismo de la ruptura que supone la contemplación de la pasión y de la muerte de Cristo y afirmamos también que esa quiebra o crisis de la fe de los Doce es una forma de participación en la muerte de su Señor, algo así como su Bautismo.

Las siguientes palabras de Jesús también parecen referirse a esta crisis que han de pasar los suyos:

«Dentro de poco ya no me veréis [...] En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo [...] Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar. Aquel día no me preguntaréis nada» (Jn 16,16.20.22-23a).

Y de nuevo sobre la ruptura: «**Mirad que llega la hora, ha llegado ya, en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo**» (Jn 16,32).

Insisto en que este dispersarse es mucho más que el hecho de separarse físicamente de Jesús a causa del miedo y la debilidad. Esta separación llega más hondo. En el evangelio de Mateo, Jesús se refiere a esta separación utilizando el verbo *σκανδαλίζω* (*skandalizo*): «**Todos vosotros os escandalizaréis por mi causa esta noche**» (Mt 26,31. Cf. Mc 14,27). Y aunque normalmente las traducciones no lo recojan, el verbo vuelve a aparecer de nuevo en la réplica de Pedro: «**Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me escandalizaré**» (Mt 26,33). Escandalizar

significa «causar tropiezo moral»; también «ofender», «golpear moralmente»; o «provocar sentimiento de repulsa»; o «provocar desconfianza».

Desde el prendimiento en el huerto, se produce esta ruptura. San Juan menciona a Pedro, que con la espada hiere a Malco. La negativa de Jesús al uso de la espada y el consiguiente arresto, pone la primera separación entre Jesús y los suyos. Los otros evangelistas señalan que en este momento todos huyen. El cuarto evangelio no dice nada de este huida, pero de hecho, a partir de aquí solo aparecen en su relato Pedro — y ya veremos cómo— y el propio san Juan.

Antes de seguir con lo que Juan dice de Pedro y de sí mismo, ¿qué dicen los sinópticos de los Apóstoles?

1. Los sinópticos dicen que Pedro sigue de lejos a Jesús, ya detenido, hasta el interior del atrio de la casa del sumo sacerdote. De la lectura de Juan parece más bien que Pedro no se separa de Jesús hasta que llega al interior del atrio.
2. Los tres hacen mención a las negaciones de Pedro.
3. Mateo hace referencia a la muerte de Judas
4. Y ya los apóstoles no vuelven a aparecer en los relatos de la Pasión que hacen los sinópticos. Solo Lucas los menciona de forma implícita junto a las mujeres (a ellas se refieren en términos parecidos también Mt y Mc), de la siguiente forma, una vez que da noticia de la muerte de Jesús: «**Todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo estas cosas**» (Lc 23,49).
5. Tampoco se dejan ver en la sepultura. Aparece José de Arimatea y están las mujeres viendo dónde dejan el cuerpo de Jesús, pero ninguno de los Doce. En Juan, junto a José de Arimatea aparece también Nicodemo.
6. Lo que sí parece es que permanecen juntos tras la sepultura (Mt 28,16; Lc 24,8 y 24,33). Lo que concuerda también con lo que dice Juan (Cf. Jn 20,2).

Sigamos con el cuarto evangelio. Tras el arresto de Jesús, lo que dice san Juan es que «**seguía a Jesús Simón Pedro y el otro discípulo [...] conocido del sumo sacerdote**», que entró con Jesús en el atrio de la casa del sumo sacerdote y que consigue que Pedro también pueda entrar. El otro discípulo es, casi con toda probabilidad, el propio evangelista. Y es casi imposible imaginar la escena si Pedro no llega con Juan hasta la puerta y, por lo tanto, con Jesús.

En el atrio de la casa del Sumo Sacerdote es donde enseguida aparece el miedo y el primer paso atrás de Pedro, ante la portera de la casa del Sumo Sacerdote, con la primera negación. Enseguida vienen las otras dos negaciones.

Pero después de las negaciones, el cuarto evangelio no nos da ninguna noticia de los apóstoles, hasta casi el final del relato, donde el propio evangelista toma protagonismo, al lado de la Madre de Jesús. Los otros no vuelven a aparecer, ni siquiera Pedro.

Por tanto, lo que ocurrió con ellos, seguramente, es lo que resume Mateo: «**Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron**» (Mt 26,56; Cf. Mc 14,50). La separación se ha consumado, aunque no del todo, como veremos.

Como conclusión de lo que venimos diciendo de la fe de los apóstoles ante la cruz: lo que parece es que estos acontecimientos de la pasión y la muerte de Jesús supusieron una verdadera ruptura. La fuerza de los hechos y el mismo miedo separó

físicamente a los Once de Jesús. Pero, tal como había anunciado Jesús, hubo una separación también espiritual: el escándalo, que pudo llegar a la desconfianza y a la duda.

Sin embargo, así como la cruz y la misma muerte no consiguieron arrancar la persona del Hijo Eterno de la naturaleza humana que había asumido⁵, así tampoco logró que la separación que los Apóstoles experimentaron fuera total: la comunión con Cristo que opera la fe permaneció en ellos, aunque fuese oscurecida. Tres datos me hacen decir esto:

1. Juan permaneció al pie de la cruz hasta el final. La permanencia del discípulo amado es determinante para que no se consume la ruptura y para que el testimonio posterior de la muerte de Cristo pueda ser realmente el testimonio de primera mano de los Apóstoles.
2. Después de la muerte, aún permanecen juntos, como ya hemos hecho notar.
3. Una ruptura total de su fe hubiese supuesto una separación definitiva. Pero si permanecieron juntos, si corrieron al sepulcro cuando escucharon a la Magdalena, si dieron crédito a sus ojos al ver a Jesús resucitado, si dieron crédito a sus manos cuando lo tocaron, eso significa que su fe, aún imperfecta y débil, no terminó de romperse. Si la fe se hubiese roto totalmente, si se hubiese apagado del todo, no habrían ya dado fe ni aún viendo y tocando a Cristo resucitado. Se hubiese aplicado a ellos las palabras de Jesús en la parábola del rico y el pobre Lázaro: **«tampoco se convencerán aunque uno resucite de entre los muertos»** (Lc 16,31).

Concuerdas con este análisis lo que dice Jesús en Lc 22,31-32: **«Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando vuelvas, confirma a tus hermanos»**. La fe de Pedro, como la de los otros, iba a sufrir realmente un oscurecimiento, pero no terminaría por apagarse (Quizá fue, además de la oración de Jesús, el amor de Juan lo que la mantuvo sin extinguirse). La expresión «cuando vuelvas» —que es lo que dice literalmente el texto—, indica la vuelta, la conversión de un camino errado, de una mentalidad oscurecida, en este caso por el escándalo de la cruz.

⁵ La muerte del hombre implica la separación de alma y cuerpo. Así también lo experimentó el Hijo de Dios hecho hombre: su alma y su cuerpo fueron separados. Sin embargo, la única persona del Hijo mantuvo su unidad tanto con el alma como con el cuerpo. Se puede decir que la persona del Hijo experimentó la muerte precisamente porque mantuvo su unidad indisoluble tanto con el alma como con el cuerpo, cuando estos fueron separados por la muerte. Cf. CCE 624–630. Especialmente los dos últimos números, que sintetizan así el asunto: «629: Jesús gustó la muerte para bien de todos (Cf. Hb 2, 9). Es verdaderamente el Hijo de Dios hecho hombre el que murió y fue sepultado». «630: Durante el tiempo que Cristo permaneció en el sepulcro su Persona divina continuó asumiendo tanto su alma como su cuerpo, separados sin embargo entre sí por causa de la muerte. Por eso el cuerpo muerto de Cristo "no conoció la corrupción" (Hch 13,37)».

Y Sto. Tomás de Aquino, en su comentario al Símbolo de los Apóstoles, había resumido así la cuestión: «La muerte de Cristo, como la de los demás hombres, consistió en la separación del alma y el cuerpo; pero la divinidad estaba tan indisolublemente unida a Cristo hombre que, por más que se separaran entre sí cuerpo y alma, siguió perfectísimamente vinculada al alma y al cuerpo; por consiguiente, el Hijo de Dios permaneció con el cuerpo en el sepulcro, y descendió con el alma a los infiernos». Cf. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Collationes super Credo in Deum*. En: TOMÁS DE AQUINO, *Obras Catequéticas — Sobre el Credo, Padrenuestro, Avemaría, Decálogo y los Siete Sacramentos—*. Edición de JOSEP-IGNASI SARANYANA (Eunate, Pamplona 1995) 66-67

IV. LA CRUZ COMO CLAVE DE COMPRENSIÓN DEL MISTERIO DE CRISTO Y, POR TANTO, DE TODA LA ESCRITURA Y DE TODA LA HISTORIA SALUTIS.

Antes hemos dicho que los acontecimientos de la pasión, muerte y sepultura de Jesús significaron, en primer lugar, una ruptura, un escándalo. Ahora hemos de añadir que estos mismos hechos, a partir de la resurrección, se convirtieron en el punto central de la fe de los Apóstoles⁶, donde se esclarece todo el contenido de verdad de la fe y donde se consuma el vínculo que es la fe. El punto donde realmente brilla la verdad y donde se consuma la unión personal entre el Esposo, Cristo, y su Esposa, la Iglesia.

Antes de seguir adelante quiero aclarar algunas distinciones:

- Primera aclaración: La clave o punto central de la revelación de Cristo es la cruz, pero la cruz del Resucitado. O, si se quiere, la cruz a la luz de la resurrección de Cristo.
- Segunda aclaración: Decir que la cruz del Resucitado es el punto central o clave de la revelación, no es lo mismo que decir que ella sea la plenitud de la revelación. La plenitud de la revelación es Cristo mismo. Al hablar de la plenitud de la revelación debemos tener en cuenta la unidad del acontecimiento de Cristo, que incluye la efusión del Espíritu Santo y su *actuar* en la inteligencia y en la voluntad de los Apóstoles, en la comprensión que los Apóstoles adquieren del misterio de Cristo y en el fortalecimiento y determinación de su voluntad.
- Tercera aclaración: Tampoco hay que confundir «punto central o clave de la revelación», con «término o punto final de la revelación», que solo se alcanzará con la efusión del Espíritu. Es el magisterio del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles el que indica el «fin», en el sentido de «término», de «cierre», de la obra de la revelación. Pero la plenitud de la revelación es siempre Cristo, porque también la obra de su Espíritu es una obra que tiende a la inteligencia y a la unión con él. La acción del Espíritu Santo en los Apóstoles es el «cierre» de la revelación y la apertura de la «tradición».
- Es decir: Distingo: 1º, la plenitud de la revelación, que es la persona de Cristo; 2º, la clave de interpretación de este acontecimiento único e indiviso: la cruz del Resucitado; y 3º, el fin, en el sentido de «cierre» de esta revelación, que sería la obra del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles.

Después de estas aclaraciones, retomo el hilo y repito: Los acontecimientos de la pasión, muerte y sepultura de Jesús significaron, en primer lugar, una ruptura, un escándalo. Pero a partir de la resurrección, ellos se convirtieron en el punto central de

⁶ Por eso muchos Padres de la Iglesia entendieron la cruz, siempre la cruz del Resucitado, como la clave de la comprensión de la Escritura. «Ireneo precisa que el cumplimiento que da la clave de la interpretación de la Escritura es la cruz de Cristo» (J. WOLINSKI, "La economía trinitaria de la salvación [siglo II]". En: B. SESBOÛÉ [dir.] *Historia de los Dogmas 1. El Dios de la Salvación* [Secretariado Trinitario, Salamanca 1996] 114). Así también a propósito de la interpretación de la visión del cordero que recibe el libro y abre sus sellos: «Entonces vi en medio del trono y de los cuatro seres vivos y en medio de los ancianos un Cordero erguido, como sacrificado, con siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro seres vivos y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, con una cítara cada uno y con copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Cantan un cántico nuevo: "Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste inmolado y con tu sangre compraste para Dios gente de toda tribu, lengua, pueblo y nación"». (Ap 5,6-9) Los sellos indican el sentido escondido de las Escrituras y de la Historia, un significado que sólo se abre ante el Cordero sacrificado, ante el Cordero inmolado en la cruz.

la fe de los Apóstoles, donde se esclarece todo el contenido de verdad de la fe y donde se consuma el vínculo que es la fe. El punto donde realmente brilla la verdad y donde se consuma la unión personal entre el Esposo, Cristo, y su Esposa, la Iglesia.

Ya hemos dicho antes que la fe es una realidad vital, compleja. Porque implica a toda la persona, tiene, entre otros, estos dos aspectos: el conocimiento de la verdad de Dios y la comunión con él.

Por un lado es el reconocimiento, la captación de una realidad que se revela. Esta es la raíz de la fe como «luz», como contenido concreto de verdad. Y decir «contenido concreto de verdad» no significa decir «contenido nocional», porque aquí la verdad no es mera noción, sino la persona misma del Hijo de Dios hecho hombre. En sentido propio la revelación cristiana es Cristo mismo. Y recibir la revelación equivale a entrar en la realidad de Cristo. «En este proceso la recepción de verdades particulares es secundaria. Sólo tienen su absoluto sentido en cuanto explican (o explicitan) el misterio señero de Cristo»⁷. Pues bien la cruz del resucitado es la clave para entender lo que significa la afirmación «Jesús es el Hijo de Dios». La cruz revela el modo concreto de esa filiación, el cómo más exacto de su realidad. Y así se convierte en la puerta de acceso para entender lo que es la Trinidad y el amor que la constituye. La cruz de Cristo es también la clave para entender el amor de Dios para con el hombre. El amor al hombre, que había guiado la obra de la creación y de la redención, resplandece aquí de forma insuperable y así se convierte en la clave interpretativa del amor, de la fidelidad y de la misericordia de Dios.

Pero la fe no es sólo reconocimiento de una verdad que se revela, sino también, y por la misma naturaleza personal de esa verdad, es un vínculo de comunión. La comunión se consuma en la cruz. Al decir que la cruz es la consumación del vínculo de la fe, quiero decir que es donde ese vínculo se perfecciona. No estoy diciendo que sea el fin de la carrera de la fe, que sea su meta. No, la meta hacia la que conduce la fe es la vida trinitaria en Gloria. Digo que es donde ese vínculo de comunión y de amor se perfecciona. En primer lugar porque en ella Dios se entrega al hombre de forma máxima: el Padre entrega su corazón al entregar a su Hijo, el Hijo se entrega a sí mismo. Y en esta entrega se ofrece ya la vida trinitaria al hombre. Pero al mismo tiempo, la cruz indica el camino de la respuesta humana de la fe: la participación en la pasión y la muerte de Cristo. Es la intuición de toda la mística, desde el propio san Pablo que expresa su deseo de unirse a Cristo en la cruz: **«lograr conocerle a él y la fuerza de su resurrección, y participar así de sus padecimientos, asemejándome a él en su muerte, con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos»** (Flp 3,10-11).

Por eso, los acontecimientos de la pasión y muerte en cruz, con la resurrección, se convirtieron en el punto a partir del cual, la humilde fe de los Apóstoles fue transformada en una certera captación del misterio de Cristo y en un vínculo indestructible de amor con él.

La pasión y la muerte de Jesús se convirtieron, con la resurrección, en la gran revelación, en la gran palabra de Dios ante la que responde la fe. Y justamente así vista, como esta gran revelación en la humillación, a la luz de del Antiguo Testamento y, sobre todo a la luz de la resurrección, es como aparece testimoniada por Juan.

⁷ J. RATZINGER, *Revelación y Tradición* (Herder, Barcelona 1970) 42